

caso raro, alguna observacion curiosa en la práctica, nunca faltan de citarlo, ó comunicarsela por escrito.

Hasta aqui el autor de noticias tan interesantes, las que son tanto mas creibles, quanto que la Metherie, Chanoy, y Jumelin, médicos franceses, en sus escritos confiesan que la academia médica de Edimburgo es la primera del orbe en el método de enseñar la teórica y práctica de arte tan útil á la humanidad. Se desea que el autor continúe en participar noticias de semejante carácter, las que lo comprehenden en esta bella sentencia de un autor antiguo.

Utilitati publice consulere, quid praestantius?

Quid viro cordato dignius? Quid jucundius?

Ann. Senec.

Carta escrita al autor del Diario de física por Mr. Maupeit, prior de Casan acerca de las viruelas, julio de 1776, página 57.

Muy Sr. mio. Las viruelas son un azote terrible para los hombres, el que se ha procurado hacer tolerable: los males con que nos aflige son irreparables. Las familias quedan arruinadas, los padres inconsolables por la pérdida de sus hijos, y el pueblo se minora por esta enfermedad; y los que no han experimentado su furor, viven en una perpetua inquietud hasta que satisfacen el tributo que casi se mira como inevitable. La inoculacion ha minorado el peligro; pero aun camina en las sendas del error: no se encuentra hilo que conduzca en semejante laberinto: no hay principio que sirva de base para que se dirijan los inoculadores. ¿Con qué fundamento, por ejemplo, se han persuadido que era ventajoso introducir el veneno en las venas de un niño? ¿En qué abismos de inconsecuencias no se ha caido por el suceso de la inoculacion? ¿No hemos visto á un autor distinguido por sus conocimientos dar fé á la inoculacion de la peste para disminuir el peligro? (1) ¿La inoculacion en las enfermedades en los animales, ha tenido otro efecto que

(1) Desde luego el autor ignoraba ó despreció las sabias producciones de algunos médicos, por las que consta con cuanta felicidad han practicado la inoculacion respecto á la peste y sarampion.

acelerar la muerte de aquellos en quienes se ha ejecutado el experimento? (1)

Por lo demás mi intento no es disminuir el volumen de las listas que los inoculadores han publicado de las personas que han preservado de la enfermedad de viruelas; por medio de la inoculacion han conseguido vencer las preocupaciones radicadas, y el público debe vivirles reconocido (2).

Mi intencion es manifestar, lo primero, como en la curacion de las viruelas naturales se practica lo contrario de lo que debia hacerse. Lo segundo probar que el método de los inoculadores, aunque bueno, es defectuoso. Para aclarar lo primero, formaré una comparacion de las dos especies de viruelas: resultará que son de la misma naturaleza (la prueba es sencilla): los inoculadores embeben por lo regular las hilas en las pústulas de las viruelas naturales: deben, pues, ser de la misma naturaleza, porque son ocasionadas por el mismo veneno: deberán en virtud de esto curarse con los mismos remedios: luego se experimenta engaño en el régimen curativo de unas ó de otras. El método de los inoculadores es mas feliz, pues deberá preferirse para curar las viruelas naturales, porque dicho método es diametralmente opuesto al que por lo regular se practica respecto á las viruelas naturales. ¿Se deberá negar, despues de consideradas estas reflexiones, que se engañan los médicos que usan de práctica tan contraria á la que tienen establecida los inoculadores?

(1) Reiterados experimentos tienen manifestado lo útil que es inocular á los carneros con relacion á ciertas enfermedades.

(2) Es preciso confesar, que el primero que introdujo la inoculacion en Nueva España ha sido el Dr. D. Estevan Morell. En la epidemia de 1779 no solo dispuso en la casa de su morada un pequeño hospital en que inoculó á varios niños, sino que verificó en varias personas de la ciudad lo útil que es la inoculacion, las que se libertaron del contagio general, que fué muy funesto. A su solicitud la nobilísima ciudad estableció en el hospital de San Hipólito una sala para que se inoculasen los pàrvulos que allí se condujesen; mas la preocupacion frustró tan útil establecimiento: y para que se vea la mala fé con que han procedido los anti-inoculistas [torpeza de que se les ha acusado en repetidas ocasiones puedo asegurar, como uno de los médicos que logran la mayor aceptacion, me aseguró, que en dicho hospital pasaban de mas de veinte muertos de los que se habian inoculado: no se verificó que uno solo se presentase al experimento; que mala fé!

Para realzar mis pruebas pudiera añadir que tengo visto en el diario de física, el que leo con la mayor satisfacción, los experimentos multiplicados que demuestran como los animales no pueden vivir en el aire que han respirado; y si esto se verifica respecto á animales sanos, ¿qué debemos inferir respecto á los enfermos? Por lo que un paciente arrinconado en una pieza demasiado abrigada, debe padecer si permanece en ella por largo tiempo: mucho mas si la enfermedad de que adolece es contagiosa. ¿Hay alguna que lo sea mas que la de viruelas? El enfermo, pues, no debe estar muy abrigado, y así el método comun de curar las viruelas naturales es malo. Esto se confirmará probando que el método de los inoculadores, aunque bueno, es defectuoso.

Para que no haya equívoco respecto á mis espresiones *régimen usado en la cura de las viruelas naturales y práctica de los inoculadores*, es necesario prevenir, que por el primero entiendo la costumbre vulgar de tener muy abrigados á los virulentos, privarlos de alimento, impedir que el aire exterior no se comunique á la recámara: esto sin reprehender el uso de ministrarles algunas gotas de vino, ó de otros cordiales. Las lavativas y otros remedios semejantes se tiene experimentado que, por lo menos, son inútiles en la práctica de la inoculación, cuando se recetan. Por práctica de los inoculistas entiendo la que establece que el paciente respire un aire que tenga comunicacion con el exterior, la que les deja la libertad de tomar alimento, y no ministrar otros medicamentos sino los refrigerantes, así exteriores como interiores.

No debe causar sorpresa que no haga mencion de los preparativos para la inoculación; pudiera citar á muchos diestros médicos que los tratan de inútiles, y el difunto profesor Venel no temió inocular sin preparacion á los hijos del marqués de Bermond, y tengo vistos á muchos inoculados sin preparativos, los que no han tenido que experimentar mayores síntomas, que los que padecieron otros preparados con toda atencion.

Se puede reducir á cuatro artículos principales el método de los inoculistas. Primero, libertad en tomar alimentos: segundo, respirar aire que no esté encerrado en una pieza: tercero, los refrigerantes exteriores como baños de agua fria, y espesion al ambiente: cuarto, los refrigerantes interiores, como son limonada aun nevada, agua fria &c.

Es incontestable que el alimento, principalmente respecto á un niño, es del todo necesario. No hay enfermedad mas peligrosa, y particularmente con atencion á la niñez, que el hambre. Grande número perece en esa edad por semejante causa, y con particularidad cuando se enferman de viruelas. ¿En cuantas ocasiones los enfermeros, conmovidos por las súplicas reiteradas de los enfermos encargados á su cuidado, les han ministrado clandestinamente alimento, sin que se haya verificado otro accidente que impedir muriesen de hambre? Añáde-se, que la naturaleza al tiempo de padecer viruelas, debe arrojar al exterior el humor variólico, y necesita para esto de vigor.

El segundo artículo no necesita para su comprobacion sino hacerse cargo de que el aire que se respira se recarga en el pecho de humores, que serian perniciosos si no fuesen con el aire que se respira. No debe, pues, inspirarse el que se ha respirado: es necesario que por los órganos de la respiracion se introduzca nuevo aire: luego los inoculistas proceden con acierto en establecer que los pacientes respiren un aire libre, y no viciado á causa del abrigo que se procura establecer (1).

Solo me resta probar dos proposiciones: la primera, que los refrigerantes exteriores son ventajosos; y la segunda, que los interiores son dañosos. Para la primera, apelo á la experiencia, la mas constante, y es el que en esta enfermedad si al paciente se tiene abrigado en la cama, se llenará mucho mas de pústulas en los parages del cuerpo que estuvieren mas descubiertos como el rostro y manos. Segun-

(1) Si el autor de la memoria viese la práctica que aquí se ejecuta (patrocinada por algunos facultativos) para mover á los pacientes á que suden, ¿qué diria? Luego que ven á alguno acometido por fiebre, ya sea de las que dependen de viruelas, ó de otra, los abrigan con cuanta ropa tienen á mano: suelen aun cargarles un colchon, y colocarse encima dos ó mas personas: al paciente se le cubre, no solo el cuerpo, con este enorme peso; se le interrumpe toda comunicacion con el aire de la pieza, cubriéndole el rostro con mucha ropa: esto es lo que nombran *echar á sudar*, lo que se verifica en las mas ocasiones; pero este sudor ¿no es mas bien un efecto dimanado de la perturbacion de la máquina, pronta á perder la vida, que un auxilio para su restablecimiento? Aun acostumbran sahumar la pieza en que está el enfermo con varios aromas; lo que no es útil, sino pernicioso, como ya tiene demostrado el sábio químico Achard de la academia de Berlin.

da que las partes menos cubiertas son las menos calientes ó mas frias. Tercera, que si se laban las partes carnosas del niño con agua fria, esto es, menos cálida respecto al calor de su cuerpo, en aquellos sitios será en donde se formen pústulas muy grandes. A mi vista se ha hecho este experimento, y las pústulas fueron del diámetro de una pulgada. Es fácil reiterar experiencia que no puede tener resultas adversas. Pregunto ahora, sin temor de que se me contradiga, ¿el intento de todo médico que asiste á los viruelentos, no es de atraer para afuera (al pellejo) el veneno ó humor variólico? Luego segun la primera proposicion es necesario no abrigar á los dolientes; segun la segunda y tercera se deben aplicar los refrigerantes exteriores. Aciertan, pues, los médicos que recetan refrigerantes en lo exterior del cuerpo.

Parece estar demostrado que los refrigerantes atraen el veneno (1): luego los que se dan en bebidas lo atraen ácia

[1] Por una parte se ven los útiles efectos que proporciona la inoculación, tan patentés, que aun los soberanos se han determinado á que se inoculen los príncipes, cuya vida es de tanto interés á los pueblos: por otra parte se tiene verificado que en Lóndres la mortandad se ha aumentado desde que se practica la inoculación. Veanse las tablas publicadas por los médicos Pringle y Letson: ¿cual es el motivo? Porque á los inoculados no se tienen separados, y estos comunican las viruelas á otros, las que en estos ya son naturales. Así en Lóndres las viruelas no son epidemia que acomete en ciertos años, sino en todos y en todas las estaciones: advertencia que debe tenerse muy presente. Se dice que las viruelas solo se comunican por contacto: ello puede ser así; pero el año de 1761 se verificaron en Nueva España muy funestas, y con el motivo de que venia á Acapulco por la primavera un barco para surtir á las misiones de la California, luego que se regresó el barco de Acapulco á aquella península, en el dia, segun las cartas que vi de dos misioneros, se contaminaron aquellos habitantes: luego no solo el contacto; cierto miasma, de que se embebe el ambiente, es el vehiculo de las viruelas. En aquel barco no iban gentes achacosas: el tiempo que duró la navegación debe reputarse por lo que en Europa nombran cuarentena: ¿de adonde pues dimanó tan pronto contagio?

Protesta del prior de Casan que trae en dos notas. „Cuando espreso que los refrigerantes exteriores atraen el veneno, no pretendo hablar con una esactitud rigorosamente filosófica; intento decir las apariencias, como cuando se dice el sol nace: se oculta; no obstante de estar todos los físicos persuadidos de lo contrario. Sería muy largo explicar la causa física que atrae el humor de las virue-

lo interior (1), y por esto son perniciosísimos; porque el fin es llamar dicho veneno ácia á fuera. El método de los inoculistas aunque bueno, en esta parte es defectuoso.

Se infiere, si no me engaño, lo primero, que la naturaleza de ambas viruelas es la misma. Segundo, que deben curarse con los mismos remedios. Tercero, que la inoculación no disminuye el peligro de las viruelas. Cuarto, que el feliz suceso de la inoculación, solo se debe á la práctica del todo opuesta á la que se practica en las viruelas naturales. Quinto, que los refrigerantes exteriores son propios para ambas enfermedades. Sexto, que los interiores son dañosos en ambas. Sèptimo, que es necesario cubrir las partes del cuerpo que se intenta libertar de las pústulas: cuando el enfermo se espone al aire debe cubrirse el rostro con un lienzo.

V. se sorprenderá al ver como un eclesiástico, sin ser profesor médico, se atreve á esponer método para curar las viruelas: la gran mortandad que causan en Langüedoc me ha determinado á observarlas con atencion y á solicitar los medios mas eficaces, si no para preservar, á lo menos para proponer una curacion mas fácil: la razon pertenece á todos los estados, á todas las ciencias. He proctrado componer esta instruccion de forma que todos la entiendan: si he acertado, la satisfaccion de ser útil al público, será para mí una recompensa mas agradable que todos los tesoros. =Soy de V. = *Maupetit*, prior de Casan.

La publicacion de la Gaceta de literatura se dirige á comunicar las novedades que son de mayor utilidad. Ha-

„las al exterior cuando la cutis se espone al aire fresco, ó á la agua „fria: basta saber que esta erupcion no falta en semejantes circuns- „tancias.” „En fin cuando advierto que los refrigerantes exteriores „son buenos y esenciales así en las viruelas naturales como en las „inoculadas, no espreso sino los moderados. Los baños son muy útiles; „pero son muy peligrosos aplicados de agua muy fria. Conozco mè- „dicos que los han recetado de agua segun se saca de los pozos: „una grande frialdad debe ocasionar una muy repentina y grande re- „volucion.

(1) En virtud de esto ¿qué se deberá inferir de la práctica de los indios, los que luego que ven á las criaturas acometidas de las viruelas, las introducen en los temascales ó baños de vapor, cuyo calor, segun tengo verificado, asciende á 52 grados del Termómetro de Reaumur? Por esto se experimenta tanta mortandad en ellos.

biendo traducido la presente memoria que trata de viruelas, es congruente dar aviso de dos obras impresas en París á fin del año de 88, cuyos títulos son: *Observations médicales & politiques &c.*, esto es, observaciones médicas y políticas acerca de las viruelas, de las ventajas é inconvenientes de una inoculación general adoptada, principalmente en las ciudades, despues de una pintura histórica de la inoculación. Se procura probar que por su medio en la ciudad de Londres podrian libertarse de la muerte en solo un año dos mil personas; en los reinos de Inglaterra é Irlanda, de veinte á treinta mil; y en toda la Europa trescientos noventa y dos mil individuos, traducida de la obra inglesa (última edición) de W Black, por Mr. Mahon D. M. P. y de la real sociedad de medicina, un volúmen en dozavo, está aprobada por la real sociedad médica.

Traité de l'Insertion de la petite verole &c. Tratado de la inoculación, reducida en virtud de un grande número de observaciones al estado de la sencillez, indispensable para que los efectos sean infalibles, por Mr. Tudesq, Dr. médico en Mompeiller, y de la sociedad real de medicina, un volúmen en octavo con este epígrafe: *Qui metuens vivit, liber mihi non erit unquam.* Horat. aprobada por la real sociedad como la anterior.

Gacetas de literatura de 24 de mayo y 8 de junio de 1790.



Al autor de la Gaceta de literatura.

Muy Sr. mio.—La generosidad con que V. se ha servido franquear á todos los literatos su Gaceta, á fin de que por su medio puedan presentar al público todas aquellas ideas que juzguen útiles é importantes, me ha estimulado á dirigir á V. las reflexiones que me han ocurrido sobre el método de estudiar las lenguas, á fin de que se sirva insertarlas en su útil periódico, si las juzga dignas de este honor.

No bien habia concluido el estudio de la filosofia, cuando mis padres, deseosos de mi instruccion, creyeron deber dedicarme al estudio de las lenguas, y especialmente al de la francesa, que ó ya por su estension, ó ya por las utilidades y ventajas que acarrea se ha hecho un estudio de moda, y no

faltan algunos que intentan hacerla entrar en parte de la buena educacion. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que enfrente de mi casa vivia un caballero francés, hombre de potencias sublimes, y que aunque destituido del auxilio de las ciencias, poseia su lengua con perfeccion por haber hecho de ella un estudio particular. Este, pues, informado de la voluntad de mis padres, se encargó de darme las primeras lecciones, habiéndome obsequiado antes con un arte que, en su dictamen, era el mejor, y el mismo puntalmente que le habia servido.

Como este, pues, estaba en francés, me tradujo los primeros principios para que los encomendase á la memoria, y en lo sucesivo conforme me iba explicando, iba igualmente traduciendo. Yo por mi parte procuraba retener con puntualidad la traduccion, á fin de no ser molesto á un hombre que por un efecto de amistad únicamente se habia tomado aquella incomodidad. Con esto logré grangearme su estimacion, y que de cuando en cuando celebrase mi aplicacion: no obstante, á pesar de tales aplausos, conocia que mis progresos eran muy cortos, y que caminaba á pasos de tortuga, pues en el discurso de un mes apenas habiamos llegado á las conjugaciones, cuando sabia que otros compañeros míos en el término de dos sabian ya traducir muy razonablemente, y sin tanta fatiga. Confieso á V. que me vi tentado varias veces á tirar el arte y abandonar un estudio para el que me creia sin talentos. Sin embargo hube de continuar, y llevado de la máxima de que todos los principios son dificultosos, me lisonjeaba que si el primer mes habia caminado, como he dicho á pasos de tortuga, en el siguiente caminaria ya á pasos de gigante. Pero el suceso me hizo conocer bien pronto cual mal fundadas estaban mis esperanzas. Al fin del segundo mes me hallaba con corta diferencia tan atrasado como el primero: la misma dificultad para conservar la traduccion, el mismo embarazo para entender aun los pasages mas claros. Por último, enfadado de que la inteligencia de una lengua que todos ponderaban de fácil se me hiciese tan difícil, hube de dirigir una carta á mi maestro que fué de filosofia, manifestándole la congoja en que me hallaba, el método que seguia, y todas las dificultades que se me presentaban.

La respuesta que me dió fué bien corta; pero suficiente para hacerme conocer la verdadera causa de mi atraso. Lo primero que le disgustó fué el método que seguíamos, y